

Aquellos volúmenes de Guérin sobre el anarquismo que había comprado en la Librairie Espagnole los devoré en lo que quedaba de verano. Constituyen la base teórica que daba sentido a cuanto había hecho yo en el Liceo desde el 2 de marzo. Lo que me vinculaba a Puig Antich, a su ejemplo. En realidad, durante unos años, hasta que me casé, conservé en la cabecera de la cama de los distintos domicilios donde viví, o encima de la mesa de trabajo, una foto muy bonita de Puig Antich que había circulado a raíz de su muerte. Un retrato, un primer plano. Pues bien, a mediados de aquel mes de septiembre de 1974, justo después de que en el Liceo Francés de Barcelona las clases se hubieran reanudado con absoluta normalidad, o sea, sin que nadie reparara en que unos meses antes había habido allí un movimiento reivindicativo que había hecho tambalearse, por vez primera, los cimientos de la institución –y el lector ya sabrá perdonarme el énfasis–, decidí, junto a una compañera que iba un par de cursos detrás de mí y que, en consecuencia, todavía estudiaba allí, que había que hacer algo. Igual que aquella mañana de comienzos de marzo. Con la diferencia de que ya no se trataba de iniciar nada, sino de rematar la jugada. De demostrar que todo aquello no había sido en vano. De dar un paso más, en definitiva.

En el orden en que nos movíamos, un paso más significaba cambiar de métodos. Dejarse de movilizaciones pacíficas y pasar a la acción directa. Inscribirse de pleno derecho en la tradición de la que hablaba el libro de Guérin. No se nos ocurrió otra cosa que intentar quemar el Liceo. Bueno, el gimnasio del Liceo, que era un edificio anexo, al que podía accederse desde una especie de camino medio urbanizado situado al término de la pista de atletismo. Para llevar a cabo nuestro propósito necesitábamos, claro, material. Material para quemar. Una mecha y gasolina. La mecha la compramos en un estanco de las Ramblas un sábado por la mañana. Era una mecha case- ra, de esas que sirven para lanzar cohetes por San Juan. La gasolina nos la procuramos la misma noche en la gasolinera situada en la esquina de Mitre con Muntaner. Una vez en posesión del instrumental, nos dirigimos, acompañados de un amigo mío de toda la vida –ex alumno también del Liceo, pero que llevaba ya por lo menos cuatro años fuera–, al lugar de los hechos. Serían las dos o las tres de la madrugada. Hay que decir que la operación, aparte de su vertiente flamígera, o protoflamígera, tenía también un compo-

nente pictórico. No nos podíamos arriesgar a que aquello ardiera y todo quedara luego en un mero accidente. La gente tenía que saber que el incendio había sido provocado. De ahí que llevásemos también encima un bote de pintura y una brocha, para dejar constancia del carácter intencionado de aquel fuego.

El caso es que mientras yo superaba sin problemas la valla del recinto escolar, corría hasta la entrada del gimnasio, introducía por la rendija que hay entre la puerta y el umbral el contenido de dos latas de gasolina y encendía la mecha, mi compañera reivindicaba la paternidad de la acción en una pared lateral del edificio. No puedo asegurarlo, pero no me extrañaría lo más mínimo que en el reparto de papeles hubiera influido mucho más mi mala letra que no mis dotes incendiarias. Lo importante, en todo caso, es que el fuego no prendió. Eso, claro, no lo supimos hasta el día siguiente. Supongo que aquella mecha rudimentaria debió de apagarse solita antes de entrar en contacto con el líquido vertido. Y, como el fuego no prendió, de la acción revolucionaria sólo quedó –y, aún, durante pocas horas– la filología. Toda una señal. «*À bas l'administration réactionnaire!*», decía la pintada. «¡Abajo la administración reaccionaria!» Santa inocencia, sobre todo si uno repara en que este enunciado sumamente respetuoso, casi de gente bien, educada y formal, donde el máximo grado del insulto era la palabra «reaccionaria», tenía que acompañar, reforzándola, la quema de un edificio.

No recuerdo haber dormido mal aquella noche. Quiero decir que dormí, seguro, pese a meterme en la cama plenamente convencido de que el Liceo, en aquel preciso momento, ya estaría en llamas. A la mañana siguiente, al comprobar que no había pasado nada, experimenté una frustración considerable. Y quizá lo hubiera intentado de nuevo de no haberme tenido que ir a los pocos días a Perpiñán para el inicio de curso. Esta marcha me salvó de la reincidencia. Y del desastre. Porque, a fuerza de insistir, y a pesar de mi manifiesta impericia, quizás al final lo habría logrado. Cuando, al cabo de un tiempo, a raíz del atentado de la sala de fiestas La Scala, vi qué consecuencias podía llegar a tener un incendio provocado, me acordé del mío. Y di gracias a aquella mecha casera y a su inutilidad.

Desde entonces, si algo me produce pavor es el fuego. No diré que exista una relación de causa a efecto entre aquel atentado frustrado y este senti-

miento; el miedo al fuego ya debía de formar parte, en un grado u otro, de mi propia naturaleza. Como el miedo a la masa. En realidad, siento terror ante cualquier fenómeno imprevisible, incontrolable. Y da igual que sean llamas, personas, u otra cosa. Ahora bien, es muy probable que este sentimiento quedara notoriamente reforzado por la percepción de la tragedia que mi inconsciencia de diecisiete años habría podido originar. Y esta percepción, la tuve, muy nítida, tres años más tarde, el día en que quemaron La Scala. Mejor dicho, al día siguiente, cuando supe qué se proponían los incendiarios y qué habían conseguido en último término: cuatro trabajadores muertos en un atentado que no debía causar víctimas, sólo «daños materiales». No pude evitar compararlo con el mío. Ni pude dejar de imaginar un desenlace parecido. Como ya advertía Rimbaud, y como yo mismo ya sabía cuando intenté quemar el Liceo, dado que lo había leído y lo recordaba perfectamente, *«on n'est pas sérieux, quand on a dix-sept ans»*. Valga –si es que puede valer– como excusa.